

sobre el feliz y dilatado campo de la Iglesia, lo cubre de numerosísimas Órdenes religiosas, refugio seguro del pecador y fuerte baluarte para el justo.

Y si no obstante de tantos cuidados y solitudes como tiene por los cristianos, y tantos medios como para su salvacion les proporciona, cunde el torrente de la iniquidad y se dejan deslumbrar por el engaño y la mentira, ¿deja de volverlos al recto sendero de la virtud? ¡Ah! María ama demasiado á los cristianos, para dejarlos perecer miserablemente. Entónces, con los golpes de su glorioso cayado, hace levantar una multitud de predicadores evangélicos, que, como otros tantos diques, hacen parar el rápido movimiento de la iniquidad: sus palabras son trompetas que atemorizan y consternan á los seguidores de la maldad; sus voces son rayos que aniquilan los vicios, y sus exhortaciones trofeos para la virtud.

Que todas las criaturas del universo os bendigan, Virgen santísima, por el cuidado que teneis de vuestro pueblo. Cuando éste, al parecer, vá á ser presa del lobo infernal, entónces le haceis sentir más de cerca vuestra proteccion; y así ¿qué diré de Vos, oh Pastora divina de los cristianos? Vos sois refugio en sus tribulaciones, mantenimiento en sus necesidades, luz y guía en sus operaciones; por Vos son librados de las tentaciones; y los que son pecadores convertidos, y los justos mantenidos en la virtud; en Vos, finalmente, los caídos se levantan, los enfermos se curan, y todos los que os aman son por vuestro medio llevados al goce de vuestro Hijo. Lo que importa, amados míos, es no desmerecer estos favores con nuestras depravadas costumbres. Ódio perpétuo al vicio y amor eterno á la virtud: este es el camino para granjearnos la proteccion de María. Miéntas nos engolfemos en los vicios, María no nos protegerá: es preciso corregirnos, si queremos que María nos libre de nuestros enemigos. Y cuando lo hayamos hecho, entónces esperaremos con fundamento la salud de nuestra pátria, el remedio de nuestros males, y el goce de la vida eterna, que os deseo á todos.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO I.

*Quæ est ista, quæ progreditur
quasi aurora consurgens, pul-
chra ut luna, electa ut sol, terri-
bilis ut castrorum acies ordinata?*

¿Quién es esa que camina como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla...?

(CANT. VI, 9.)

Llegó un tiempo, en que las generaciones todas habían venido á caer en una noche oscura de tinieblas, de crímenes, y de errores los más groseros. Cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo oscureciendo toda verdad. Cuatro mil años hacía, que los hijos de los hombres, cual si fueran pueblos malditos, andaban errantes por los áridos desiertos de la ilusion y de la fábula; y las inteligencias, envueltas en la oscuridad del error, pedían con inquietud y desasosiego la verdad á la duda é indecision, al mismo tiempo que buscaban la virtud en los altares mismos del vicio, del cinismo y de la crápula. La verdad, es cierto, que había hablado al mundo por medio de las maravillas de la creacion, por los ángeles y patriarcas, por Moisés y los profetas; pero no había llegado á conquistar los homenajes del género humano, hasta que vino el día en que, cumpliéndose los decretos del Eterno, la verdad se personifica, el divino Verbo se viste de nuestra humana naturaleza, y desciende á habitar acá en la tierra bajo esta túnica mortal, haciéndose nuestro amigo, nuestro hermano, hombre como nosotros. Mas, para no deslumbrar con sus divinos resplandores á nuestros ojos débiles y enfermos, y para no

aterrar nuestra flaqueza con su majestad y gloria, se oculta nueve meses en el seno de una pura doncella, por cuyo medio nace á la vida del tiempo á fin de que nosotros nazcamos á la vida de la eternidad. Y en cambio de una fé sencilla, humilde y sumisa que pide á los racionales, se convierte ese divino Mediador en conquista y herencia del hombre regenerado, del hombre humilde y dócil á la voz del Evangelio.

En esta dispensacion maravillosa de la verdad ¿hay acaso, amados oyentes míos, alguna cosa que no sea digna de la adorable sabiduría de un Dios benéfico y lleno de amor y benevolencia para con sus criaturas? Todavía no he descubierto hasta donde llega la bondad y economía de la misericordia divina. Desde que la soberbia, que, en un principio, tentó á nuestros primeros padres, y bajo el disfraz de la serpiente, derramó su mortífera ponzoña hasta el fondo de nuestra naturaleza degenerada, ya no queremos deber la verdad más que á las invenciones de nuestra falsa prudencia; y por eso, sin duda, el primer movimiento de nuestro indómito espíritu es un movimiento de rebelion contra la verdad misma, por más que ésta nos haya venido de lo alto. Pero ¡oh bondad y misericordia de nuestro Dios! este Señor omnipotente, que conoce todas las honduras de la llaga original, como que quiso curarla eficazmente, nos fué conduciendo por el atractivo de su gracia y el irresistible encanto de una confianza filial al pié del trono, donde está sentada la más tierna y cariñosa de las madres, que con la mayor dulzura nos muestra sobre sus brazos el tierno fruto de su vientre virginal; y ese fruto es la misma Verdad eterna cubierta bajo la túnica de la humana carne.

La Verdad pues, amados míos, considerada en su manifestacion más sublime, es decir, en la encarnacion del divino Verbo, como que esto es un misterio, hubiera quedado cubierta para todo entendimiento que ignorase el dogma único que la revela, á saber, la divina Maternidad de María. Observémoslo con detenimiento, hermanos míos. La verdad es el sumo bien; en su conocimiento estriba la vida eterna, como dice el mismo Jesucristo por boca de S. Juan: y por eso, para que esta verdad estuviese más al alcance de los mortales, quiso el Omnipotente que su adquisicion dependiese de un acto profundo de humildad y de fé, y que una mujer fuese la que la concibiera al mundo.

María es la madre de la Verdad viva. Esa celestial Señora vistió de nuestra humana carne á la Verdad eterna, para hacérsola visible y palpable, Ella dió al universo lo que el universo jamás encontrará

sin Ella, es decir, que la Santísima Virgen María nos dió la Verdad y la Luz, como que ésta nació de su vientre.

¿Habríamos sospechado jamás, amados oyentes míos, que en los Consejos divinos hubiera sido escogida una mujer para derramar la luz de la verdad sobre la naturaleza degenerada? Pero ¡ah! que cuando se trata de la España, de Aragon, de Zaragoza, esa Virgen Madre se desvive; y aunque los enviados de su divino Hijo vienen á predicarnos y á revelarnos la verdad, no sosiega esa celestial Señora, ni descansa hasta que por sí misma viene á comunicarnos la luz eterna, la luz de la verdad, Jesucristo señor nuestro. Este fué el objeto de la venida de la Santísima Virgen María á Zaragoza, y este será el objeto de vuestra piadosa atencion en este instante. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

¡Qué misterios tan sublimes encierra la Escritura santa! ¡Qué verdades tan consolatorias para el pueblo cristiano, especialmente para el español! Si los sagrados libros se registran con detenimiento, no puede ménos de hallarse en ellos desenvuelta la gran misericordia que el Eterno usó con nosotros, cuando quiso que su propia Madre fuese nuestra maestra y directora, nuestra abogada y defensora. Abranse los libros sapienciales, y con especialidad registre nuestra imaginacion lo que el Espíritu Santo dice en el Cantar de los cantares: «Una sola es la escogida, dice el celestial Esposo; viéronla las doncellas, y la aclamaron dichosisima: viéronla las reinas, y la colmaron de alabanzas. ¿Quién es esa, dijeron, que camina y se adelanta como la aurora al nacer, hermosa como la luna, escogida y brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla (1)?» «Esta es, dice el mismo Dios en el libro del Eclesiástico (2), la que como Madre del género humano tuvo el supremo dominio en todos los pueblos y en todas las gentes...» Y en consecuencia de este supremo dominio que María tomó con tan señalado gusto, «como que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres;» oid, hermanos míos, lo que esta misma Señora nos dice en el lugar ántes citado: «Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos pueblos y naciones busqué donde pudiera reposar y hallar mi descanso; y por fin, en la heredad del Señor fijé mi morada: *Tunc præcepit, et dixit mihi creator*

(1) CANT. VI, 8.

(2) CAP. XXIV, 29.

omnium: entónces me mandó y dijo el Criador de todo, el que me dió el sér, el que habitó en mi morada, en mi propio vientre: *In Jacob inhábita, et in Israel hæreditare*: habita en Jacob y sea Israel tu herencia, el lugar de tu descanso: *Et in electis meis mitte radices*: y arráigate en mis escogidos... En su consecuencia, nos dice hoy esta Señora: fijé mi estancia en Sion: fué el lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está mi trono.» ¡Ay! mis amados, que yo hallo en este lugar de la Escritura santa casi expresamente señalado el origen y progresos de la verdadera fé en nuestra pátria. ¿Si seremos nosotros los escogidos de Dios, en quienes por expreso mandato de este Señor omnipotente ha de arraigarse María para favorecernos? ¿Si seremos nosotros la heredad del Señor y de su santa Madre, en la que María Santísima dice que fijó su morada? Pero qué; ¿podemos acaso dudarle, amados míos, cuando la historia así lo dice, la tradición así lo refiere, y preciosos monumentos lo confirman del modo más eficaz y poderoso? Sí; España, Aragon, Zaragoza, especialmente, es ese escogido pueblo de la Reina de todo lo criado, y hoy mismo lo confirma la Iglesia santa con la solemnidad de este día, en que celebra el aniversario de la venida de la misma Madre de Dios en Zaragoza.

Desde la dispersion de las gentes por toda la tierra, ya comenzó con los descendientes de Noé el origen de nuestra nacion. Aquellos primeros pobladores que hubieron fijado su morada en nuestro suelo, tenían muy bien arraigada la idea de un verdadero Dios criador del universo, y estaban completamente persuadidos de la sumision, culto y reverencia que el hombre debía tributarle: ideas que les proporcionaba la luz de la razon, rectificada por la revelacion que se les había trasmitido por medio de los patriarcas Adán y Noé: y así, ilustrado el entendimiento de aquellos primeros pobladores de la Hesperia, con su lengua, resultado de la confusion verificada en Babel, dejaron tambien sentada su ley y su doctrina, su religion y sus creencias; de manera, que nuestra nacion, desde que principió á ser habitada, ya adoraba al verdadero Dios con un culto tal vez más perfecto que la pluralidad de las naciones. La historia no nos dice que idolatrasen nuestros primeros pobladores, que eran los hijos de Jafet, como nos lo dice de los descendientes de Cam, que poblaron el Asia; y San Agustin (1) cuenta á la España entre los antiguos pueblos que conservaron la noticia clara de un solo y verdadero

(1) CIVIT. DEI, lib. 8, cap. 9.

Dios. Y sin duda que esta creencia se hubo conservado, sinó en toda su pureza, por lo ménos en su esencia, hasta que los idólatras fenicios y cartagineses trajeron consigo sus abominables deidades. Algunos años ántes del nacimiento de Jesucristo, los romanos, con su dominacion, introdujeron en nuestro suelo el culto de los dioses del imperio; y entónces fué cuando César Augusto halló á la pequeña Salduba de oscuro origen y etimología; y cual si presintiera la futura grandeza de aquesta poblacion, ó quisiera asociarla á su constante fortuna, le comunicó su nombre, la erigió en colonia militar, destinándola para descanso de los veteranos vencedores del órbe; y concediéndole el derecho de inmunidad, la constituyó en cabeza de ciento cincuenta y dos pueblos, situados parte de ellos en lo que es ahora Cataluña, Navarra y Castilla; de suerte, que vino á brotar á las orillas del Ebro una segunda Roma con sus templos, baños y circo, con sus leyes y costumbres. Y Cesaraugusta, la más esclarecida de las ciudades interiores de la España, llegó á confundir la gratitud á su bienhechor con la adoracion de Augusto y de su esposa Livia, á los que consagró altares; de manera, que nuestra nacion quedó sumida en la más vergonzosa idolatría. ¿Seguirá acaso la España por mucho tiempo anegada en tan profano culto? ¡Ah! temible es que así sea, atendido el carácter constante de sus moradores; pero nó, no es ese el designio del Eterno, cuya voluntad conocea ya entónces la santísima Virgen María, que habitaba todavía en Jerusalén; y por eso, cuando el hijo del trueno se despide de Ella para evangelizar la Italia y la España, la Madre de Jesús le hace un especial encargo para que se detenga en Zaragoza, y aún le significa que allí irá á visitarle.

El apóstol Santiago desempeña su mision y predica la verdadera fé á nuestros mayores, los que, como enemigos de toda novedad por naturaleza, ciegameamente aferrados en el paganismo, desprecian la buena nueva del Evangelio, llenando de amargura y afliccion al hijo del Zebedeo, quien, léjos de pedir como en otro tiempo contra los samaritanos fuegos del Cielo, ahora pide con fervor la gracia y misericordia del Señor, y con sus convertidos ruega por la España en las márgenes del Ebro; cuando ¡oh prodigio sin igual! el Cielo todo se conmueve. El Eterno quiere que se cumpla su decreto; y acordándose la persona del Padre de su predilecta hija María, el divino Hijo de su Madre, y el Espíritu Santo de su celestial esposa, le previenen y significan, que ya es hora de que Ella visite al nuevo pueblo de Israel, y de que radique sus favores en sus escogidos. El Omnipotente hace entender su voluntad á los espíritus angélicos, á quienes

se manda trasladar á María desde Jerusalén á Zaragoza, y desde el Cielo su imagen y columna... Pero ¿á dónde voy, Dios mío? ¡Ah! mi imaginación se transportaba por los Cielos cuando debe fijarse acá en la tierra. El conjunto de circunstancias que en la madrugada del 2 de enero del año 45 conspiran á nuestro bien, me sorprende sobremanera; mi espíritu se enajena, mi entendimiento se ofusca en la contemplación de tan inmerecida gracia; y no puedo ménos de confesar, que mi debilidad é insuficiencia apenas me permiten referir en este instante lo que nos acredita la más autorizada y constante tradición. Una noche tranquila y placentera, en la que todo era silencio en Zaragoza, el viento apacible que reinaba, y el sordo murmullo que las aguas del Ebro hacían susurrando suavemente, no era motivo suficiente para alterar el sueño de los zaragozanos. Solo Santiago á las orillas del Ebro, con los que poco ántes convirtiéra, se hallaba en oración velando por la salud espiritual de los mortales. Triste y pensativo, pero confiado al mismo tiempo, el abatido apóstol levanta al Cielo sus ojos como buscando el consuelo que no hallaba acá en la tierra, y al punto se extasia; su rostro se inmuta, los discípulos, que advierten esta mutación, se llenan de alegría, y al elevar la vista descubren un grande resplandor que á ellos se aproxima. El santo apóstol, enajenado y suspenso al oír un armonioso eco de músicas celestiales, no sabe lo que por él pasa, y engolfado en un mar de dulzuras se figura que habita ya en el Cielo. Para él la noche ya no es lóbrega, porque la ilumina una luz que se adelanta radiante y placentera como la aurora al nacer. Y en medio de aquella luz descubre un trono apoyado sobre refulgentes nubes, y ángeles sin cuento que hacen la corte á una bella criatura de sobrehumana hermosura, de un brillo refulgente que deslumbra y embelesa; mujer dichosa, que, llena de majestad y gloria, viene á ser el foco de tan prodigiosa luz.

Santiago se llena de un pavor santo, y sin separar la vista de tan agradable centro, ve por los aires otro segundo coro de espíritus celestiales, que descienden conduciendo como en triunfo una columna de finísimo jaspe y una preciosa imagen.... Toda aquella prodigiosa y encantadora comitiva avanza con rapidez. Pero ¿á dónde, Dios mío, á dónde? ¿A qué sitio vá á dirigirse tanta gloria? A Zaragoza, á Zaragoza, á la orilla del Ebro, al sitio mismo donde Santiago estaba; aquí, aquí cerca de nosotros, á esa angélica capilla. Miradla con la mente, miradla cómo viene y se adelanta... ¡Ah! Virgen María, bienvenida, Madre mía. Nuestro patron Santiago, que desde luego reconoce en aquella bella criatura á la Madre de Jesús, se inclina, poseído

de la más profunda veneración y respeto. Vá á saludarla, cuando oye á esa soberana Reina, que con la mayor dulzura le significa, ser aquel el lugar dichoso destinado por su divino Hijo, para labrar en él una capilla dedicada á su propio nombre. Este pilar que ves, le dice, me lo ha enviado de lo alto para que le pongas por altar principal de mi capilla, y sobre él esta imagen mía, para que Pilar é Imagen perseveren aquí para consuelo de los fieles hasta el fin del mundo. Los espíritus celestiales, obedientes á la voz de su soberana Reina, dejan el sagrado pilar, y sobre él colocan la imagen de María que traían desde el Cielo; y despidiéndose de Santiago la Madre de Jesús, colocada sobre el mismo sólio y con la misma majestad que cuando descendiera, se remonta sobre los aires, y al són de armoniosas músicas celestiales desaparece de la vista del apóstol, el cual persevera extático mirando hácia lo alto; y anegado en un tierno llanto, sin saber lo que se dice, exclama: Nube envidiosa, ¡ah! cuán rica tú te alejas! ¡Cuán tristes y cuán pobres quedamos nosotros aquí!

Íncito apóstol, modera ya tu llanto en vista del Pilar é Imagen de María. Ante esa prenda de amor y de ternura, ante esa efigie soberana, ante ese sagrado prototipo, copia del mejor modelo, bien puedes desahogar tu fervor y tu cariño cumpliendo con la orden que la misma Madre de Dios te ha dejado. Y con efecto, nuestro patron Santiago así lo entiende; y despues de excitar á sus convertidos para que le ayuden á levantar una capilla á la Emperatriz de todo lo criado, en breve tiempo quedó concluida una pobre y pequeña capilla de ocho pasos, pero preciosa por las manos que la fabricaron, y por la piedad de los que la frecuentaron en los primitivos tiempos; la misma que con el transcurso de los años ha venido á ser magnífico templo cual es al presente; pero afeado por los desórdenes, por la indevoción, por la frialdad é indiferencia de los cristianos de nuestros días. Mas, ¿cómo pudo llevarse á cabo en breve tiempo en la pagana Zaragoza la construcción de una capilla, y el origen de un culto tan contrario al que los romanos permitieran? ¿Cómo? ¡Ah! ¿No veis, católicos, que María, la misma Madre de Dios se ha puesto al frente para introducir el imperio de la verdad en la afortunada Hesperia? Vedla, porque cual centinela vigilante ha dejado colocada su sagrada imagen sobre ese Pilar, contra el que, ya desde el principio, han tenido y tendrán siempre que estrellarse todos los ardides del Infierno. Suceso admirable, cuya memoria han hecho indeleble la constante y no interrumpida tradición de más de diez y ocho siglos, los monumentos de la Iglesia de España y los anales de nuestra nación; suceso, que no

puede ménos de servir para acreditar, que los españoles hemos sido mirados de lo alto con especial predileccion; época insigne y memorable, desde donde data nuestro catolicismo jamás profanado con el error, siempre incontaminado, siempre incorrupto, siempre triunfante del cisma, de la heregía y de la impiedad.

Este día 2 de enero, esclarecidos zaragozanos, ¡ah! ¡qué memorias tan halagüeñas nos ofrece al considerar el tiempo luminoso, que por nosotros ha transcurrido de firmeza y constancia en la religion cristiana, durante más de mil y ochocientos años! La idolatría, ahogada en la sangre de innumerables zaragozanos, mártires invictos, sacrificados junto á la puerta de Cineja, sí; la idolatría fué vencida conforme nuestros padres iban erigiendo en alto la cruz del Redentor; y desde que esa cruz vilipendiada es derribada por tierra, la inmoralidad cunde, las pasiones se desencadenan, los rabajos se multiplican, la miseria extiende su guadaña, la confusion y el desórden invaden la monarquía, sembrando el llanto y la desolacion por todas las clases del estado. Comparad, hermanos míos, época con época, y despues que hayais reflexionado detenidamente en ello, hallareis cómo la España llegó al apogeo de su gloria cuando, dócil á las inspiraciones del Cielo, y á los desvelos de María, se esmeró en conservar ilesa la fé que el hijo del trueno nos hubo predicado. Que lo diga el paganismo, que desapareció confuso y avergonzado á la vista del terrible esfuerzo y constancia de los hijos y discípulos de María del Pilar. Que lo diga el arrianismo de los suecos, vándalos y godos, que, humillado, tuvo que desaparecer de nuestro suelo, lo mismo que el maniqueismo de Prisciliano y el nestorianismo de Félix y Elipando. Que lo diga tambien el bárbaro y sensual mahometismo, que durante la dominacion árabe de siete siglos mostró su impotencia para torcer la fé de los hijos de María; ni pudo profanar su templo, ni arrancar su culto. La fé del Crucificado, no hay duda, que se conservó ilesa en nuestra España por los desvelos de María; y María es la que la ha sostenido y sostiene. No importa, pues, que el centro de Europa se contamine con las falaces doctrinas de Lutero y de Calvino, y que la turba desenfrenada de sus discípulos aseste sus tiros contra la pureza de la fé de los españoles; la España, no solo conservó ilesa su fé, sino que enarbolando el pendon real de sus monarcas comunicó la verdad á la América, al Asia, al Africa y á las islas del grande Occéano.

Posteriormente, cuando el coloso del siglo, con sus aguerridos ejércitos franceses quiso imponernos sus leyes, sus costumbres, su relajada moral y despótica dominacion; ¡ah! decidme, zaragozanos,

ilustres, ¡cuál fué vuestro heroismo? ¿Qué espíritu os hubo animado y sostenido? ¿A qué sinó á la fé y proteccion de María del Pilar debisteis vuestra intrepidez, vuestro teson, vuestra victoria? El universo os miró con asombro, se pasmó, y no pudo ménos de apellidaros con el dictado de invencibles. Sí, Zaragoza invicta: ¡á qué se debió la victoria, el arrojo y bravura con que las numerosas huestes del capitán del siglo fueron rechazadas, sinó á la fé y confianza de los zaragozanos, que supieron unir el fuego y valor guerrero con la más verdadera y sólida piedad? Hablen si no los hechos, hable la historia: hasta las cureñas de los cañones con que fué ahuyentado el enemigo, nos demuestran por la estampa que llevaban pegada, que María del Pilar dirigía los certeros tiros de aquellas bocas de fuego, manejadas á las veces por manos femeniles. Esa estampa de María viene á demostrar la fé de nuestros padres, y la victoria alcanzada de tan poderoso enemigo acredita el premio de esa fé.

Y ahora, hermanos míos, ¿dónde está esa fé? ¡Ah! Si como dice el Evangelio, atiendo á las obras, la fé ha desaparecido de entre nosotros, y con ella desapareció tambien la gloria de nuestra nacion. ¡Qué contraste, católicos! Por un lado oigo á María, que en el aniversario de su venida á Zaragoza nos dice: «Yo hice que apareciese en esta nacion una luz indeficiente y eterna» (1); y por otro lado, este siglo de mal llamadas luces, siglo de corrupcion y fanatismo, se esfuerza á apagarnos esa luz que María nos trajo; y los españoles, dormidos en sus vicios y pecados, se dejan llevar del torrente del siglo. ¡Oh dolor! Alerta, hermanos míos, alerta, que si no despertamos del letargo de la culpa, el imperio de la verdad cesará entre nosotros; se ausentará María de nuestro suelo; nos será quitado el reino de los Cielos, y pasará á otras gentes más agradecidas y avisadas. No hay que alucinarse, católicos; el que piense que con la proteccion de María ha de conseguir la salvacion eterna sin trabajo alguno por su parte, vive engañado. La Madre de Dios no puede excusarnos de la obligacion en que estamos de cumplir con la ley y preceptos del Señor; pues de otro modo, su proteccion serviría de pretexto para cubrir nuestros desórdenes, y esto es imposible. El que hallándose esclavizado por la culpa se lisonjea con la proteccion de María sin abandonar su mala vida, es lo mismo que si dijera lo que el israelita de quien nos refiere Moisés en el Deuteronomio, que, confiado en la santidad de la ley y en la proteccion que Dios había

(1) ECCLES. XXIV, 6.

jurado dispensar al pueblo israelítico, decía: «Yo tendré paz, aunque camine en la pravedad de mi corazón.» ¡Ah! no puede ser; paz, viviendo desordenadamente, es imposible, hermanos míos. Consultemos, españoles todos, consultemos con nuestros verdaderos y eternos intereses, y temamos el castigo si no nos separamos de esa licencia y desenfreno, de esa profanación de las fiestas y del lugar santo, de esa frialdad é indiferencia religiosa que corroe el alcázar de nuestra fé, de la fé de María del Pilar.

¡Ah, Señora y Madre nuestra! miradnos con benignidad y clemencia; volved hácia nosotros vuestros ojos llenos de bondad y misericordia; sostenednos. Virgen santísima, sostenednos en la fé. Haced, Madre nuestra, que nuestra fé se aumente, que nuestra esperanza se cumpla, y que nuestra caridad se encienda. Alcanzadnos, Reina soberana, alcanzadnos de vuestro divino Hijo la gracia que necesitamos, para que, abriéndose los ojos de nuestra alma, caminemos por las sendas que conducen á la gloria. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

DISCURSO II.

Thronus meus in columna.

El trono mio sobre una columna
(EccL. XXIV, 7.)

Señores: no extraño los éxtasis y raptos de vuestra admiración y vuestro júbilo; yo mismo, informado de antemano de la grandeza y elevación del objeto que nos ha congregado en este santo lugar, he contenido mi corazón para que una alegría consoladora no le hiciese huir de su seno. Por una parte, una Columna maravillosa, mucho más famosa que las que dedicó Roma á los Trajanos y Antoninos; que las que se registraban en las plazas de Egipto y Babilonia; que aquellas de que hablan los Cánticos, Jeremías, los libros de los Reyes y de los Macabeos. Por otra, colocada en esta Columna, no el idolo de la fortuna, no los dioses de barro de la gentilidad, no las Déboras, Judiths, Esthers, ó Sunamitis, sinó aquella gran Reina que salió de la boca del Altísimo, primogénita ante toda criatura: que con el brazo de su poder y el eco de su voz, sacó del medio de las tinieblas una luz indeficiente, y cubrió la tierra como la niebla con los influjos de su protección. ¡Qué objetos tan embelesadores!

Si vosotros quereis informaros de la dicha que tales objetos nos anuncian, hablad con vuestros padres, preguntadlo á los que os han precedido, y os dirán los excesos del amor con que ha sido privilegiada nuestra España; la elección misericordiosa que ha hecho de nuestro suelo la grande, la dulce, la amabilísima Virgen, viniendo en persona en carne mortal á ilustrarle, honrarle, ennoblecerle, poniendo en él su Tabernáculo, y echando profundas raíces entre sus escogidos.

Os dirán, que la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa Esperanza, dejó su pátria, su amada Palestina por